
SOBRE LA ANTROPOLOGÍA EN EL URUGUAY

Renzo Pi Hugarte

Universidad de la República – Uruguay

Resumo: *Este trabalho procura estudar a produção de diversos intelectuais, desde o final do século passado até a atualidade, que abordaram temas da realidade nacional uruguaia dando particular ênfase aos trabalhos considerados dentro do campo da Antropologia Cultural e Social.*

Abstract: *This article focuses on the work of a series of Uruguayan intellectuals who, since the last century on, have studied the country's reality, with particular emphasis on the research most relevant to the field of Cultural and Social Anthropology.*

Las referencias que siguen intentan considerar con una óptica integrativa, los esfuerzos emprendidos desde los finales del siglo pasado por diversos intelectuales, quienes con criterio que podemos considerar antropológico, procuraron abordar variados aspectos de la realidad nacional. El énfasis, empero, se pondrá en la Antropología Cultural y Social, o mejor dicho, en aquellos trabajos que hoy podrían ser vistos como integrando tal campo disciplinario.

Es naturalmente convencional fijar el límite temporal de comienzo de esta revista en los momentos antes indicados. Si hubiera que buscar una razón más exacta, podrá probablemente encontrarse que en la última década del siglo XIX fue cuando dieron a conocer los resultados de sus investigaciones Eduardo Acevedo Díaz y José H. Figueira. Señalo la arbitrariedad del inicio porque algún lector cuidadoso puede siempre ampliar la lista que presentaré, con los nombres de autores volcados a las evocaciones que antes –y también después, es obvio–rescataron, describieron y en algunas ocasiones analizaron, formas culturales presentes en este territorio en épocas en que se plasmaba la incipiente sociedad nacional ubicada en su espacio. Del mismo modo, alguien podrá acaso advertir en estas páginas la ausencia de algún autor que pudo haber contribuido a ampliar el conocimiento de la cultura nacional. Rescato aquí los que me han parecido más relevantes y conscientemente dejo de lado

muchos que en obras literarias pudieron dejar constancia de fenómenos sociales también con visión intuitivamente antropológica.

Pienso, respecto de autores del pasado, en algunos como Isidoro De María (1815-1906), especialmente por su libro *Montevideo antiguo* aparecido en 1887, del cual se han continuado publicando selecciones de sus crónicas. Dentro del estilo cultivado por este seguidor de Ricardo Palma, se podría agregar, ya en este siglo, a Rómulo Rossi (1879-1946), de cuya obra acaso haya que destacar *Recuerdos y Crónicas de antaño* editados entre 1926 y 1929, y sobre todo *Cosas de negros* de 1926, puesto que frecuentemente ha servido para que otros autores tomaran de la misma muchos datos e ideas, dentro de lo cual lo más conocido tal vez sea lo referido al origen montevideano del tango, que Rossi ubica en las “academias” de baile del antiguo “bajo” prostibulario. En esta categoría de autores se podría por supuesto incluir a varios historiadores, como Francisco Bauzá (1849-1899) o más recientemente a Pablo Blanco Acevedo (1880-1935), cuya curiosidad de raigambre etnográfica lo llevó a solicitarle al negro Lino Suárez Peña que le escribiera unos apuntes sobre la historia de su raza en el Uruguay. Esta misma inquietud por averiguar aspectos culturales de grupos indígenas en vías de extinción, había impulsado a recabar información sobre los charrúas de algunos de ellos al español Antonio Díaz (1789-1869), quien revistó en el ejército nacional y tuvo una larguísima actuación en la vida pública del país que comenzó en época artiguista; y también al médico criollo graduado en París Teodoro Vilardebó (1803-1857). Naturalmente, los apuntes surgidos de tales comezones inquisitivos, permanecieron inéditos, sirviendo empero para que más tarde distintos eruditos los utilizaran.

En una línea parecida –por más que fuera un hombre al que cabe ubicar de este siglo– habría que colocar a Horacio Arredondo (1888-1967) especialmente por su trabajo de rescate dado a conocer en *Civilización del Uruguay* de 1951 (Tomo I: *Aspectos arqueológicos y sociológicos 1600-1900*; Tomo II: *Bibliografía de viajeros y Contribución gráfica*). La obra de Arredondo –mucho más “arqueológica” que “sociológica”– comprende artículos de arqueología indígena así como publicaciones de crónicas comentadas de viajeros de indudable utilidad; fue además, una suerte de pionero de lo que ahora se ha dado en llamar “arqueología histórica” –y que antes, seguramente por influencia de lo hecho por el arquitecto francés Violet-le-Duc, era denominado “reconstrucción de edificios antiguos”– puesto que fue el encargado de reedificar los ruinosos fuertes de Santa Teresa y San Miguel, aprovechando además a restablecer el paisaje circundante a lo que supuso debió ser en la época en la que esos bastiones tenían importancia militar.

En función de los parámetros adoptados, es pues preciso comenzar examinando la obra de los que pueden ser considerados los *proto antropólogos* de este país. Esta denominación simplemente alude a su formación autodidáctica y a la falta de reconocimiento –por parte de sus contemporáneos y de ellos mismos, inclusive– como cultivadores de una disciplina que entonces recién nacía y cuya temática era generalmente englobada dentro de la de la Historia. No obstante, si con un criterio que evite formalismos y mezquindades consideramos con el Prof. Tomás Calvo Buezas de la Universidad Complutense de Madrid, que “*un antropólogo es todo individuo capaz de entender las expresiones simbólicas de una cultura y por lo tanto, de traducir la significación de los fenómenos que incluyen tales expresiones, siendo sólo de orden metodológico las cuestiones que diferencian a alguien con esa comprensión de los reconocidos como antropólogos profesionales*”, deberíamos eliminar en muchos casos la caracterización de “proto”.

Entiendo que en la formación de la Antropología nacional, corresponde ubicar a Eduardo Acevedo Díaz (1851-1921) y a José Henriques Figueira (1860-1946) en la categoría de auténticos “padres fundadores”. El primero, fue un hombre de extraordinaria importancia en la vida intelectual y política del Uruguay de la segunda mitad del siglo XIX. Perteneció al Partido Nacional, siendo una de sus más eminentes figuras; ya en los finales de su vida, se apartó de su partido cayendo sobre él la abominación de sus antiguos coidearios debido a que votó por José Batlle y Ordóñez para la Presidencia de la República –entonces el Senado elegía al Presidente y Acevedo Díaz, que era Senador, de hecho decidió con su voto el triunfo de Batlle– por entender que encarnaba el movimiento de transformación progresista del país. A consecuencia de ese conflicto con los hombres de su partido, Acevedo Díaz se expatrió a Buenos Aires donde falleció años después; dejó indicado que jamás trajeran sus restos al Uruguay. Y aunque aquí fue parlamentario, diplomático –Embajador en los Estados Unidos– y periodista de prolongada actuación distinguida por lo preciso de sus análisis políticos y lo incisivo de su prosa polémica, su perdurable reconocimiento se ha basado en sus altas cualidades de escritor. De hecho, inauguró la novelística nacional y sus obras *Ismael* (1888), *Nativa* (1890), *Grito de Gloria* (1893) y *Lanza y Sable* (1914) componen una tetralogía en la que con estupendo estilo de orientación naturalista –recordemos el predicamento que tuvo la obra de Emile Zola– teñido de elementos estilísticos propios del romanticismo, narró aconteceres de la época artiguista, de la dominación lusobrasileña y de las luchas civiles posteriores a la independencia. Era nieto

del brigadier general Antonio Díaz al que ya hemos mencionado y utilizó los apuntes de éste para publicar en 1891 en el diario montevideano *La Época* – que él dirigía – un trabajo titulado *Etnología indígena: la raza charrúa a principios de este siglo*. Nadie ha tenido la ocurrencia de republicar este trabajo de indudable importancia por el enfoque antropológico sorprendentemente moderno que lo caracteriza, pese a que todo parecería indicar que Acevedo Díaz no conoció los trabajos del fundador de la Antropología científica Edward B. Tylor cuya obra fundamental *Primitive Culture* apareció en 1871, aunque no puede descartarse que en alguno de sus viajes o estadías en el extranjero hubiera podido tener acceso a ella, lo que no hubiera sido sorprendente para un hombre de su vastísima cultura y apertura intelectual. Basándose igualmente en las memorias inéditas de su abuelo y en escritos de su tío el coronel Antonio José María Díaz (1831-1911), incluyó en su ensayo “Épocas militares en los países del Plata” de 1911, un capítulo final en el que relató con remarcable emotividad el definitivo combate contra los charrúas protagonizado por el ejército nacional en 1832 bajo el mando del entonces Presidente de la República, el general Fructuoso Rivera: *Exterminio de una raza: la boca del Tigre*. Es posible que muchos detalles de la acción relatada, Acevedo Díaz los hubiera conocido por tradiciones orales, luego perdidas definitivamente. También en sus novelas *Ismael* y *Nativa*, Acevedo Díaz introdujo muchos pasajes en los que hizo gala de su conocimiento de la etnografía de los indios del Uruguay. No carece de importancia la circunstancia de que habiendo sido la obra de Acevedo Díaz objeto de tantos estudios literarios, algunos brillantes, por cierto, nadie haya hasta el momento puesto atención en su valor como antropólogo, aunque tal vez fuera más preciso decir como etnohistoriador.

José Henriques Figueira fue sin duda ninguna el iniciador de la antropología nacional, habiendo atendido tanto a la Antropología Física como a la Arqueología y a la Etnohistoria de los indígenas de la región. Este mérito adquiere mayor realce si se tiene en cuenta que en su época el desarrollo de la antropología científica se encontraba en una etapa inicial aún en los principales centros académicos del mundo. Figueira tuvo la ventaja de poseer grandes condiciones para las lenguas –llegó a dominar el portugués, el italiano, el francés, el inglés, el alemán, el sueco y acaso algún otro idioma– lo que le permitió vincularse y mantener correspondencia con diversos cultivadores de las Ciencias del Hombre. Pero también pudo viajar y conocer en el Viejo Mundo muchos de los adelantos que en tales disciplinas tenían lugar. Figueira ocupó desde joven varios cargos públicos vinculados a la enseñanza –es muy conocido además por

sus libros de escuela *¿Quieres leer?*, *Un buen amigo*, *Trabajo*, *Vida y Progreso* cuyas primeras ediciones se ubican entre 1894 y 1902, las que sirvieron para alfabetizar y desarrollar la capacidad lectora y analítica de varias generaciones uruguayas y argentinas, y cuya utilización llegó inclusive hasta mi época de escolar— y en 1890 fue enviado a Europa para que estudiara las soluciones dadas por diversos países de aquel continente a problemas pedagógicos que se detectaban en el medio nacional. Figueira aprovechó su estadía europea para efectuar estudios de Antropología en París y Berlín y para relacionarse con eruditos interesados en otras disciplinas sociales, en particular la Sociología —también rama del saber incipiente entonces— como Herbert Spencer en Inglaterra y Paolo Mantegazza en Italia. Vale la pena recordar que la Antropología de entonces en el continente europeo, era fundamentalmente Antropología Física, que seguía los lineamientos teóricos y metodológicos de Paul Broca y Armand de Quatrefages, con su preocupación por la medición craneana. Una rama de la Antropología de esos momentos se orientaba a la dilucidación de los rasgos fisonómicos característicos de los criminales natos, impulsada por las pretendidas comprobaciones del italiano Cesare Lombroso. Casi puede afirmarse que Figueira no recibió sin embargo una influencia con efectos deformante de esa Antropología; dice mucho de su perspectiva intelectual y de su instinto —por llamarlo de alguna manera— científico, que contrapesara el rígido determinismo en que esas corrientes ponían a la cultura de la biología, procurando vincularse a un pensador tan importante dentro de las corrientes del evolucionismo social como fue Spencer. Vuelto a Montevideo, Figueira recibió del gobierno el encargo de organizar la sección antropológica que integraría el aporte del Uruguay a la Exposición Histórico Americana de Madrid, hecha para celebrar el 4º centenario del primer viaje colombino; fue entonces —en 1892, un año después del trabajo de Acevedo Díaz antes referido— que escribió *Los primitivos habitantes del Uruguay*, trabajo al que calificó de “*ensayo paleoetnológico*” que no sólo puede considerarse como el que funda la arqueología nacional, sino que es en esa materia pionero dentro del medio intelectual rioplatense.

Figueira también incursionó en la creación literaria publicando un tomo de poemas en los que expresó su convicción filosófica de raíz positivista, sin duda adquirida durante los años en que estuvo en Europa; Figueira creía en la evolución de las formas sociales y en el perfeccionamiento de la humanidad y su pedagogía se orientó al logro de esa finalidad. Formó parte de varias sociedades científicas de países europeos y americanos —seguramente debe haber sido el primer antropólogo nacional que figuró en las listas de tales instituciones—

y también llevó a cabo excavaciones arqueológicas. Una parte de la colección que formó, consistente en piezas procedentes de yacimientos situados en este país, se encuentra actualmente en el Museo de La Plata; había hecho igualmente una colección de cráneos de indígenas encontrados en el Este del territorio uruguayo, que sus herederos donaron al Museo Histórico Nacional de Montevideo.

El camino abierto por Figueira fue recorrido posteriormente por otros y su huella se deja ver en trabajos como los del historiador Orestes Araújo (1853-1916) *Historia de los charrúas y demás tribus indígenas del Uruguay*, de 1911, en el que es posible detectar errores típicos de la época, que se arrastraban del siglo anterior y que eran resultado de la Calta de método de investigación, como por ejemplo, afirmar que la lengua charrúa era una variante del guaraní, equívoco en el que también incurrió Acevedo Díaz y por supuesto, tantos intelectuales del pasado siglo como Juan Manuel de la Sota, Francisco Bauzá, Alejandro Magariños Cervantes, Juan Zorrilla de San Martín, etcétera. En la línea marcada por Figueira se sitúan los románticos pioneros de la arqueología uruguaya, del tipo de Silvio Geranio (1876-1944), Carlos Maeso Tognochi (1892-1963) y Francisco Oliveras (1896-1986), quienes sin embargo permitieron que vinieran otros más volcados hacia un disciplinamiento más cientificista, que pondría mayor cuidado en el trabajo de campo, como los nucleados en la “Sociedad Amigos de la Arqueología” –institución que gracias al apoyo económico de Gustavo Gallinal, publicó la mejor revista hasta ahora hecha en el Uruguay sobre tales cuestiones, y que superó los veinte tomos– como fueron Carlos Seijo. Carlos A. De Freitas (1904-1953) y José Joaquín Figueira (1931), sobrino de José H. Figueira. La larga impronta dejada por éste alcanza inclusive a un investigador modélico en el campo de la etnohistoria, como es Eduardo Acosta y Lara (1917), autor de muchísimos artículos y del libro definitivo *La guerra de los charrúas en la Banda Oriental* cuyos dos tomos están dedicados respectivamente al “período hispánicos” y al “período patrio” (1961 y 1969) y también a quien puede ser considerado como el gran impulsor de la arqueología técnicamente llevada, Antonio Taddey.

Hasta ahora, me he referido a aquellos que se ocuparon de los grupos indígenas de esta zona,¹ es lógico que los primeros estudios –y también otros posteriores– encuadrados dentro del campo de la Antropología, tuvieran ese objetivo. Sin embargo, aunque con menor profusión, tempranamente también

¹ Respecto de los estudiosos de los grupos indígenas del Uruguay, véase mi libro *Los indios de Uruguay* (Pi Hugarte, 1993) en especial el capítulo 111 y las “Indicaciones para lecturas”.

se llevaron a cabo estudios sobre la cultura híbrida que caracterizó al gaucha-je. En este sentido, el autor más interesante es sin duda Roberto Bouton (1877-1940). *La vida rural uruguaya*, –su única obra publicada póstumamente en 1961– exuberante, dilatada, de una minuciosidad por veces agobiante, refleja en gran medida las experiencias de toda una vida de médico rural de su autor, en una época en que si bien estaba ya desapareciendo la cultura gauchesca, aún podían rescatarse muchos de sus rasgos originales. En gran medida –y acaso no de manera involuntaria– retoma asuntos que en el siglo pasado habían preocupado a Daniel Granada (1847-1929), (*Vocabulario rioplatense razonado* y *Reseña histórico-descriptiva de antiguas y modernas supersticiones del Río de la Plata*, de 1896, ambas obras han merecido nuevas ediciones a mediados de este siglo) cuya producción fue sin duda original y pionera.

Un segundo momento en la producción nacional de obras antropológicas –o de contenido e importancia antropológica– corresponde a aquel en que se imponen los aportes de historiadores, sociólogos y hombres de letras, todos de formación autodidáctica en el campo disciplinario que consideramos, pero que se destacaban por su erudición y solidez intelectual. La gran mayoría de los trabajos que realizaron fueron el resultado de sus impulsos vocacionales y se cumplieron en ámbitos privados, puesto que en el país no existían –y no existieron por mucho tiempo– estudios formales de antropología en el medio académico. Vale la pena indicar que a ellos pertenecen los mejores trabajos en esta disciplina que se han elaborado en el país.

Entre otros, quiero destacar a Eugenio Petit Muñoz (1894-1977) hombre de vasta y compleja actuación –abogado, profesor de Historia, investigador de la historia nacional, universitario ilustre, defensor de la autonomía de la Universidad vinculado por largos años a la Facultad de Humanidades y Ciencias– autor de interesantes estudios sobre los indios del Uruguay (*La vivienda charrúa*, 1950; *Artigas y los indios*, 1951; *El mundo indígena – Los primitivos habitantes del Uruguay*, 1968) impulsor además de investigaciones llevadas a cabo por sus alumnos de la Facultad de Humanidades, algunas de indudable valor, aunque desgraciadamente la mayoría de ellas han permanecido inéditas. Tal vez lo mejor de su labor para el desarrollo de la antropología nacional, tenga que ver con el vasto plan que trazó para el estudio de los negros durante el coloniaje, que pensaba desarrollar con sus discípulos Edmundo Narancio y José M^a Traibel, pero que únicamente dio lugar a un primer volumen referido a “*la condición jurídica*” de los esclavos (*La condición jurídica, social, económica y política de los negros durante el coloniaje en la Banda*

Oriental, 1948). Seguramente la falta de posibilidades materiales y sobre todo el apartamiento de Narancio y Traibel, quienes tanto diferían del punto de vista ideológico de su maestro, impidió la concreción del proyecto. Petit Muñoz fue siempre hombre de ideas políticas y sociales avanzadas, habiéndose vinculado inclusive al Partido Comunista aunque nunca fue un militante; Traibel y Narancio estuvieron siempre relacionados al Partido Nacional y fueron conservadores; Narancio sobrepasó la condición conservadora orientándose cada vez más hacia la reacción, por lo que llegó a ser Rector Interventor de la Universidad de la República durante la dictadura reciente. La obra mencionada, aunque incompleta de acuerdo con su plan original, tiene una importancia primordial como exploración del régimen jurídico de la esclavitud y el estatuto de los esclavos, no sólo en el Uruguay; a este respecto debe recordarse que cuando se proclamó en 1888 la abolición de la esclavitud en Brasil, se decidió que la documentación referida al régimen esclavócrata fuera quemada en las plazas públicas por mano de verdugo, como forma simbólica de borrar el oprobio; afortunadamente ese plan no se cumplió a rajatablas, pero de todas maneras, hizo que se perdieran para siempre fuentes de gran importancia para el análisis histórico, social y cultural del mundo de la esclavitud.

Parecería que Petit Muñoz hubiera querido explorar con métodos más cuidadosos del punto de vista de la compulsión de la documentación de época, las mismas cuestiones –la situación de los negros en la sociedad nacional uruguaya²– que distinguieron en este medio intelectual a Ildefonso Pereda Valdés (1899-1996).

Indudablemente, Pereda Valdés fue el verdadero iniciador de esta temática sobre la que publicó varias obras: *El negro rioplatense y otros ensayos*, 1937; *Línea de color (ensayos afro-americanos)*, 1938; *Negros esclavos y negros libres*, 1941; *El negro en el Uruguay: pasado y presente*, 1965. Pereda Valdés se hizo conocer primero y desde muy joven, como poeta y cuentista; más tarde se orientó a la investigación de aspectos del folklore nacional (*Cancionero popular uruguayo*, 1947; *El rancho y otros temas de etnografía y folklore*, 1957), dedicando dentro de esta línea también algún trabajo a la medicina popular, las hierbas curativas y el curanderismo (*Medicina popular y folklore mágico del Uruguay*, 1943). Es notorio el hecho de que este autor

² En lo que tiene que ver con estudios referidos a características culturales de los negros en la Banda Oriental, ver mi trabajo (con Daniel Vidart) *El legado de los inmigrantes* (Pi Hugarte; Vidart, 1969) en el tomo I el capítulo sobre “Los afroamericanos”.

no poseía una formación teórica sólida y que descuidó aspectos metodológicos relevantes. Paulo de Carvalho Neto efectuó una crítica que a veces parece despiadada pero que es siempre acertada además de minuciosa (*La obra afro-uruguaya de Ildefonso Pereda Valdés: ensayo de crítica de antropología cultural*, 1955); no obstante, le reconoce siempre el valor de haber sido el primero que realizó estudios sobre los negros de este país. Al margen, merece destacarse que el citado estudio de Carvalho Neto, es hasta ahora el único trabajo de crítica antropológica a un autor nacional que se ha publicado.

Pereda Valdés realizó además, algunos intentos por popularizar las teorías del folklore y la cultura (*La etnografía y el folklore*, 1960; *Dinámica del folklore*, 1966) y en tal sentido, lo más acabado fue un libro que la Universidad de la República publicó durante el período en que estuvo intervenida, titulado *Introducción a la Antropología Cultural*. Aparentemente esta obrita pretendía ser un texto sobre esa materia y no hay que descartar que haya servido de acicate a su autor el hecho de que se había inaugurado en 1976, la Licenciatura en Antropología en la Facultad de Humanidades y Ciencias, por más que nunca se utilizó en los cursos. Se trata en realidad de una simplificación de *El hombre y sus obras* de Melville Herskovits, ya que no se distinguen allí otros apoyos. Este trabajo revela falta de familiaridad con las corrientes más actuales de la teoría y la metodología antropológicas, por lo que efluvia de continuo un tufillo a cosa anticuada; y desde luego, a cosa inútil, pues es siempre más deleitoso y provechoso leer directamente a Herskovits.

Es preciso que hagamos referencia a otros autores que siguiendo una ruta iniciada en realidad por historiadores del siglo pasado y que sería desarrollada con amplitud por Bouton, como ya lo hemos mencionado, han estudiado la figura del gaucho y las características de la cultura del medio rural uruguayo. En este sentido, quien más se ha ocupado de esos temas es sin duda Fernando O. Assunção (1930). En sus trabajos predomina un enfoque de tipo histórico-folklorológico; se distinguen por recoger una documentación nutrida y rica, que es objeto de cuidadoso tratamiento. Entre sus obras se destacan: *Génesis del tipo gaucho en el Rio de la Plata*, 1957; *Nacimiento del gaucho en la Banda Oriental*, 1958; *La vida rural en la Banda Oriental*, 1963; *El mate*, 1968; *Orígenes de los bailes tradicionales en el Uruguay*, 1968; *El gaucho: su espacio y su tiempo*, 1969; *Pilchas criollas*, 1976; *El gaucho*, 2 tomos aparecidos en 1978 y 1979; *El caballo criollo*, 1985. Assunção ha puesto especial atención en presentar muchos de sus libros en ediciones de calidad, enriquecidas con valiosas ilustraciones. Excepcionalmente ha salido de su

línea temática abordando algún otro aspecto de la cultura rioplatense, como lo ejemplifica su libro *El tango y sus circunstancias*, de 1984. Curiosamente, estos asuntos han sido también objeto de tratamiento, aunque con óptica diferente, por Daniel D. Vidart, cuya obra consideramos más adelante.

Valiosos aportes al estudio de la cultura tradicional de base pecuaria se encuentran en las obras de otros autores, aunque la relevancia antropológica de los mismos sea más bien algo no procurado. Así ocurre por ejemplo en los casos de los historiadores Alfredo R. Castellanos (1908-1992) (*Breve historia de la ganadería en el Uruguay*, 1973), Esteban F. Campal (1913-1984) (*Hombres, tierras y ganados*, 1967); José Pedro Barrán (1934) (*Apogeo y crisis del Uruguay pastoril y caudillesco 1839-1875*, 1975) y Enrique Mena Segarra (1934) (*Aparicio: las últimas patriadas*, 1975; y su Prólogo al libro *Antiguas estancias del Uruguay*, 1996). Este último, ha pintado un panorama sumamente vivo de la vida de los combatientes de la última guerra civil de 1904, que en tantos aspectos mantuvo características propias del siglo anterior; asimismo, sus consideraciones sobre los antiguos cascos de estancias, proporcionan importantes elementos para reconstruir el marco cultural de la clase alta rural tradicional.

Habiendo aludido a José Pedro Barran, vale la pena detenerse siquiera brevemente en algunos de sus últimos trabajos, especialmente en la *Historia de la sensibilidad*, 2 tomos, 1989 y 1990; y en *Medicina y sociedad en el Uruguay del novecientos*, 3 tomos, 1992. En verdad, estas obras constituyen investigaciones de antropología histórica, ya que el hilo conductor de las mismas, que siguiendo la terminología impuesta por la reciente historiografía francesa es llamada “sensibilidad”, puede equivalerse perfectamente a la noción antropológica de *ethos*. Tal vez no sea exagerado pensar que a partir de los planteos divulgados en estos libros, se inicie una línea de investigaciones que conjugue los métodos de la historia con los conceptos teóricos de la antropología, generando trabajos de la riqueza y el atractivo de los indicados. El público lector no ha sido ajeno a las señaladas virtudes del enfoque de Barran puesto que sus libros se han transformado en auténticos best-sellers.

Dentro del panorama general de la Antropología en el Uruguay, corresponde hacer una breve reseña de los museos que poseen colecciones y bibliotecas que interesan a esta disciplina; en ellos, aparte de la función pedagógica general que cumplen, se han desarrollado también programas de investigación. Predominan, por supuesto, los acervos arqueológicos, tanto en Montevideo como en otras ciudades; aquí sin embargo, pondremos el acento en aquellos que tienen

secciones etnográficas. En este sentido, debemos nombrar en primer término al Museo Nacional de Historia Natural. Pese a que sus colecciones y repositorios bibliográficos se orientan a la zoología y la botánica, por ser el heredero directo del antiguo Museo Nacional formado en el siglo XIX –verdadero bric-a-brac de cuanta cosa se supuso entonces que debía ser guardada– mantuvo objetos representativos de las culturas de pueblos diversos y de distintas épocas, pero fundamentalmente americanos. Posee un limitado aunque importante conjunto de piezas de arqueología nacional y también algunos restos óseos de los antiguos indígenas de este territorio. Allí se encuentra la mayor biblioteca –y sobre todo hemeroteca– del país, referida a cuestiones antropológicas en sentido general; comenzó a formarse en el siglo pasado, pero fuera de las publicaciones antropológicas procedentes de los más importantes museos del mundo, no se ha renovado integrando materiales recientes y revistas específicamente dedicadas a la Antropología Cultural y Social. Por eso, es posible afirmar que esa biblioteca interesa ahora más a la historia de la Antropología que a esta disciplina en sí.

El Museo Histórico Nacional creado en 1900 y orientado a la historia política y militar, presenta al visitante una pequeña sala dedicada a los indígenas de este territorio. En sus depósitos y en sus archivos guarda empero, gran cantidad de objetos y de documentación de gran valor para la reconstrucción cultural de las distintas etapas de la vida del país.

De creación relativamente reciente, el Museo del Gaucho y la Moneda –que auna dos propósitos disímiles como su propio nombre lo denuncia– interesa del punto de vista antropológico únicamente por su parte gauchesca organizada por Fernando O. Assunção sobre la base de la colección de objetos del mundo rural formada por su padre Octavio Assunção y por él mismo. Dentro de esta temática, en la ciudad de Tacuarembó existe el Museo del Indio y del Gaucho, formado por Washington Escobar y donado al municipio de esa ciudad, cuyo mayor interés tiene que ver con los objetos propios del medio rural que retiene.

En fecha más próxima aún, –en 1986, aunque se abrió al público dos años después– cabe mencionar al Museo Nacional de Antropología, conformado sobre la base de la enorme colección de arqueología nacional obtenida a lo largo de su vida por Francisco Oliveras, quien finalmente la donó al Estado. Ha sido organizado por un antropólogo que además es un profesional de la museología, Arturo Toscano, quien actualmente es su director. En esta institución se vienen realizando investigaciones sobre artesanías populares y oficios tradicionales, que han dado lugar a exposiciones temporarias y a la obtención permanentemente acrecentada de piezas representativas de esas actividades.

Indudablemente, este museo está llamado a ser el más importante dentro del rubro que venimos considerando.

En la ciudad de Maldonado funciona el Museo de Arqueología y Arte Popular Americano, conformado por la valiosísima colección de Páez Vilaró. Sus colecciones están fundamentalmente presentadas con criterio estético; no obstante, no son muchas las ciudades del continente que puedan ofrecer tanto al curioso como al especialista, una muestra de la calidad de la atesorada por este museo.

Llegados a este punto, se impone que examinemos las personalidades y los trabajos de quienes han conformado lo más representativo de la Antropología en el Uruguay. Comenzaremos en consecuencia, por quien es el más destacado antropólogo de este país: Daniel D. Vidart (1920).

Su obra antropológica amerita un particular señalamiento por su calidad, abundancia y variedad temática. Vidart ha tratado lo que tiene que ver con la cultura de base rural (*Esquema de una Sociología Rural Uruguaya*, 1948; *La vida rural uruguaya*, 1955; *Sociología Rural*, 1959; *El rancho uruguayo*, 1967; *El paisaje uruguayo. El medio físico y la respuesta cultural de su habitante*, 1967; *Las Tierras del Sin Fin*, 1968; *El gaucho*, 1968); los problemas de la urbanización (*El Gran Montevideo, Tipos humanos de la ciudad y el campo*, 1969); lo relativo a la cultura popular urbana y el tango como su reflejo (*Teoría del tango*, 1964; *El tango y su mundo*, 1967; *Tango y literatura*, 1968); a los antiguos indios del Uruguay (*Los pueblos prehistóricos del territorio uruguayo*, 1965; *Diez mil años de prehistoria uruguaya*, 1985, cuya primera edición es de 1973; *El mundo de los charrúas*, 1996, que ha sido de las obras editadas en Uruguay –fuera de las de ficción– la de mayor venta en ese año; “*Los cerritos de los indios*” *del Este uruguayo*, 1996); a las culturas originales de América y a su destrucción por la conquista (*Ideología y realidad de América*, 1968, que con texto modificado pero conservando el título volvió a publicarse en 1990 en Montevideo, existiendo antes tres ediciones colombianas; una serie de 28 tomos con el título de *Colección Descubrimiento y Conquista. Los Cronistas de Indias*, selección, prólogos y notas del autor reseñado, que apareció en 1992 en ocasión del quinto centenario del primer viaje colombino; *Los muertos y sus sombras. Cinco siglos de América*, 1993); a la formación inmigratoria de la sociedad uruguaya (*Regionalismo y universalismo de la cultura gallega*, 1961; *El legado de los inmigrantes*, 1969); a la antropología de la muerte (*La despenadora y el CTI. Ceremonias de la vida, rituales de la muerte*, 1994); al juego y a los juegos en la cultura (*El juego y la condición humana. Notas para una antropología de la libertad en la necesidad*, 1995); a la importancias de

las drogas en la sociedad y la cultura (*Coca: coqueras y cicales en América andina*, 1991, que también ha sido editado en Colombia). Muchos de estos trabajos llevan varias ediciones, habiéndose también muchos de ellos publicado en otros países. En la actualidad prepara nuevos trabajos para darlos a la prensa: un volumen sobre el carnaval uruguayo y dos sobre la identidad nacional.

Esta dilatada lista –de la que puede faltar algún título y a la que habría que sumarle otra larguísima de artículos desparramados en revistas y diarios durante décadas– sorprenderá sin duda a quien no haya seguido la carrera de escritor de Daniel D. Vidart, por su temática multiforme, que es en realidad el reflejo de sus ilimitadas preocupaciones especulativas, su vastísima cultura y su sorprendente facilidad. Siempre ha expuesto todo con un lenguaje rico y una forma de decir cautivante. Tal vez, lo nutrido de su producción y lo brillante de su estilo, puedan haber provocado en lectores desaprensivos la sensación de que esas virtudes no se acompañan necesariamente con la solidez última de los análisis. Digo esto porque creo indudable que no se le ha hecho justicia completa a Vidart por la importancia de su obra, su valor como ensayista, su increíble erudición y su fineza para percibir los problemas de la cultura.

De formación autodidáctica –a despecho de que haya estudiado abogacía, carrera que no deseó culminar– favorecida por copiosísimas lecturas en varios idiomas, ha mantenido siempre un impulso tenaz e inagotable por el estudio riguroso. En su juventud incursionó en la poesía y volvió a hacerlo ya en su madurez; nunca, en cambio, escribió literatura de ficción. Tempranamente publicó su primer libro (*Tomás Berrera: apología de la acción*, 1946), biografía de quien asumiera la Presidencia de la República y falleciera en ejercicio de ella en ese mismo año, del que Vidart había sido secretario.

Sus intereses intelectuales, primero apuntados a la Geografía Humana y a la Sociología –materias de las que fue profesor– fueron derivando luego hacia la Antropología de una manera cada vez más exclusiva. Como campo derivado, ha cultivado la Ecología Humana, que ha enseñado en Colombia y en Uruguay, produciendo además varias obras con ese enfoque, todas publicadas en aquel país (*Colombia: ecología y sociedad*, 1976; *El desafío ecológico. Las ciencias de la educación ambiental*, 4 volúmenes aparecidos entre 1982 y 1984, de cuya coordinación se encargó; *Filosofía ambiental. Epistemología, praxiología, didáctica*, 1986, trabajo de vuelo teórico de ardua lectura).

Durante muchos años Vidart se dedicó a la crítica de libros, lo que le permitió orientar a un público lector interesado en las ciencias humanas; ejerció así una especial suerte de pedagogía a distancia. También animó al incipiente

ámbito de la Antropología nacional a través de la creación del “Centro de Estudios Antropológicos y Arqueológicos Americanos ‘Dr. Paul Rivet’”, que sirvió de soporte institucional a la revista *Amerindia*; ambas cosas constituyeron canales de comunicación con especialistas del extranjero.

Exiliado durante la dictadura primero en Chile y luego en Colombia, aparte de ejercer la docencia en este último país, como ya se ha dicho, se desempeñó como experto de las Naciones Unidas en asuntos de Ecología Humana, trabajando en Colombia y en Venezuela. Todas las actuaciones referidas han hecho de Vidart un despertador de vocaciones. En Uruguay, y en lo que estrictamente tiene que ver con la docencia antropológica, ocupó la cátedra de Antropología Cultural de la Escuela Universitaria de Servicio Social –la primera que en el país se integró al plan de estudios de una carrera profesional– y al recomponerse la institucionalidad en la Universidad de la República, luego de la intervención dictatorial, dictó varias asignaturas en la Facultad de Humanidades y tuvo a su cargo la Dirección del Departamento de Ciencias Antropológicas hasta su jubilación en 1988. Desde entonces, continúa produciendo, habiendo publicado en estos años algunos de sus libros de mayor trascendencia.

Un papel tan sobresaliente como el que ha cumplido Vidart en la Antropología Cultural, es el que ha correspondido a Antonio Taddei (1909-1995) en el desarrollo de la Arqueología del Uruguay, descubriendo y orientando vocaciones, avanzando en el desciframiento del pasado remoto y dejando una obra suficientemente sólida: *Un yacimiento precerámico en el Uruguay*, 1964; *Un yacimiento de cazadores superiores del medio río Negro*, 1969; *Una industria lítica precerámica en Sierras de Aceguá, Cerro Largo*, 1972; *Industrias líticas del Uruguay y su relación con Pampa-Patagonia*, 1982; *El río Uruguay medio*, 1985; dentro de una larga serie de artículos aparecidos en revistas nacionales y extranjeras. Taddei era Contador Público de profesión, de modo que su formación en lo que constituyó su vocación verdadera, fue por completo autodidáctica. No obstante ello, obtuvo un firme reconocimiento nacional e internacional, en gran medida derivado de su descubrimiento del yacimiento precerámico de la zona de los arroyos Catalán –Grande y Chico– en el Departamento de Artigas, considerado en un principio como uno de los asentamientos humanos más antiguos de América del Sur. Aunque su prestigio –y el calor humano que supo infundir– impidió que se objetaran sus conclusiones sobre lo que denominó “*cultura catalense*”, actualmente se tiende a pensar que los hallazgos de los Catalanes más que definir un horizonte cultural implican algo menos complejo, como puede ser un sitio-taller. Taddei nunca ejerció la docencia formal en arqueología, pero

dejó muchos discípulos nacidos de las amistosas ruedas de conversación y de las reuniones del Centro de Estudios Arqueológicos, que fundó.³

Lo expuesto hasta aquí sirve para indicar que a mediados de la década de los años '50, vivían en el Uruguay varios intelectuales interesados en la Antropología, que habían hecho diferentes investigaciones y publicado sus resultados. No existía empero ningún curso –y mucho menos una carrera– tendiente a formar especialistas; debe agregarse que tampoco existía entonces una carrera en Sociología, por más que ya en el siglo pasado se había creado una cátedra en la Facultad de Derecho. En 1955, llega a Montevideo el célebre etnólogo francés Paul Rivet, hombre de larga actuación en varias ramas de la Antropología –Cultural (Etnología), Física y Lingüística– y fundador del Museo del Hombre de París. Su presencia sirvió para que el 7 de diciembre de ese año, se organizara en la Facultad de Humanidades y Ciencias un “Coloquio sobre las Ciencias del Hombre” en el que intervinieron algunos profesores de esa casa de estudios –Paulo de Carvalho Neto, Eugenio Petit Muñoz, Arturo Ardao, Eugenio Coseriu, Alfonso Llambías de Acevedo– y otros intelectuales relacionados con la investigación antropológica, como Daniel Vidait y Rodolfo Maraca Sosa. Hizo la presentación Washington Vásquez, único de todo ese grupo que haría una experiencia de etnografía de campo entre los karayás de la isla del Bananal en el río Xingú. Impuesto de la situación del Uruguay, Rivet recomendó la creación de un “Seminario de Ciencias del Hombre” en la Facultad de Humanidades y de un “Museo de Etnología” en la misma institución. Lo expuesto en ese coloquio fue publicado en un folleto que editó la indicada Facultad. En éste sin duda el antecedente más viejo de un intento por lograr la institucionalización de

³ Un buen ejemplo de lo que se vino haciendo en los años en que se fueron formando arqueólogos profesionales después de la creación de la Licenciatura en Ciencias Antropológicas en 1976, que ofrecía una opción en Arqueología– lo proporciona el libro *1ª Jornadas de Ciencias Antropológicas en el Uruguay*, publicado por el Ministerio de Educación y Cultura en 1992. De igual manera es útil repasar con idéntica óptica, los volúmenes publicados por el indicado Ministerio, a partir de 1987, titulados *Misión de rescate arqueológico*, que recogen lo hecho a propósito de las acciones de urgencia que provocó la construcción de la represa de Salto Grande en el río Uruguay. En todos estos trabajos se nota un continuo propósito de mostrar el cuidado técnico con que se efectuaron las excavaciones, confundiendo oficio con ciencia. La proyección interpretativa y teórica es apenas incipiente cuando no está ausente. En este sentido, aún se esperan conclusiones sobre lo que realmente reflejan los yacimientos arcaicos de los arroyos Catalán Grande y Chico y del río Cuareim; y también de qué son expresivos los “cerritos” del este (¿estructuras funerarias, refugios para las inundaciones o simples acumulaciones resultantes de la ocupación humana del lugar como ocurre en tantos lados del mundo (v. gr. “mounds”, “kiökiemmedingen”, etcétera?). Cabría agregar que hasta ahora, los estudios hechos no permiten establecer una periodización con base empírica, de la prehistoria del territorio nacional, aunque haya algunos fechados radiocarbónicos; de igual manera, no se pueden adelantar conclusiones sobre la relación que pudo existir entre las culturas indígenas históricamente conocidas y las arqueológicas en sus diversamente denominadas fases y horizontes.

la Antropología dentro de la Universidad de la República.

Tal propósito empero, quedaría limitado a la idea, sin genera siquiera acto preparatorio alguno.⁴ Se debería esperar a 1964, cuando Darcy Ribeiro (1922-1987) —exiliado en este país por el golpe de Estado contra el presidente de Brasil João Goulart encabezado por el general Castelo Branco— comenzara en la misma Facultad de Humanidades su curso abierto de Antropología General complementado a partir del año siguiente con un Seminario de Trabajos Prácticos.

Darcy Ribeiro ostentaba ya, pese a su juventud, una fama bien ganada de antropólogo, sustentada por una década de trabajo con varios grupos indígenas del Brasil (Urubú-Kaapor, Caduveo) y por su desempeño en la conducción del Instituto Nacional del Indio junto al ya mítico general Cândido Mariano da Silva Rondon, sobre el cual incluso había escrito un libro en el que analizaba su obra pacificadora. Darcy tenía además otros galardones: había sido Ministro de Educación del gobierno de Juscelino Kubitschek, promoviendo desde ese cargo la creación de la Universidad de Brasilia, que respondió a ideas suyas sobre lo que podría pensarse entonces como “*la Universidad del siglo XXI*”, según gustaba decir; y luego, había ocupado el cargo de Jefe de la Casa Civil del Presidente Goulart, impulsando medidas tendientes a lograr una suerte de reforma agraria, que los comentaristas políticos de la época consideraron como uno de los factores irritantes para las fuerzas de derecha que finalmente iniciaron la larga dictadura. Darcy había ya publicado importantes trabajos antropológicos referidos a las culturas indígenas brasileñas (*Convívio e contaminação: efeitos dissociativos da depopulação provocada por epidemias em grupos indígenas*, 1956, que significó un vuelco en la comprensión de la resistencia indígena a la aculturación marcando a la vez nuevos rumbos a la política indigenista; *A arte plumaria dos índios urubú-kaapor*, 1958, con su primera esposa la también antropóloga Berta Gleiser Ribeiro, que puso en evidencia la importancia de los valores estéticos en una cultura ágrafa; *Culturas e línguas*

⁴ Este es un tema por demás interesante, en especial para bucear en las relaciones —y sobre todo en las características— de quienes entonces se dedicaban a las Ciencias Humanas. Tengo para mí que el sesgo aldeano de nuestro mundillo intelectual, en el que los investigadores actuaban en situación de insularidad, llevó a que privaran los temores de verse desplazados de la estructura institucional propuesta. Otra explicación, sin embargo, hay que buscar para explicar el desinterés que predominó en la Facultad de Humanidades y Ciencias de la época. En este caso, pienso que puede haber pesado la consideración de que no había todavía en el país suficiente número de expertos de verdadero peso. Lo mismo sin duda ocurría respecto de algunas ciencias naturales, pero la proximidad de la Antropología a las humanidades, bien pudo hacer que individuos de sólida formación histórica, filosófica y literaria —como muchos de los profesores universitarios que concurren al Coloquio referido— miraran un poco por encima del hombro a quienes podían parecerles meros coleccionistas de curiosidades.

indígenas do Brasil, 1957, obra de síntesis de lo conocido entonces; *Maíra sai em procura de Deus*, relato del despertar de una vocación shamánica, que retomaría casi dos décadas después como argumento de su primera novela.

Darcy se había graduado en la “Escola de Sociologia e Política” de San Pablo, donde recibió una importante influencia del antropólogo alemán Herbert Baldus.⁵ También conoció allí –aunque vale aclarar que no fue alumno suyo– a Claude Lévi-Strauss, llegado al Brasil como profesor visitante de Filosofía, donde descubrió precisamente gracias a Baldus y otros antropólogos del Museo de San Pablo, no sólo a los indios sino también su real capacidad para el estudio

⁵ Herbert Baldus era heredero de la corriente teórica de la Antropología iniciada a mediados del siglo pasado por Adolf Bastian, quien puede ser considerado como un precursor del difusionismo, aunque eso no fue lo más importante de su pensamiento. Su afirmación de la existencia de “*ideas elementales*” en la humanidad, lo llevó a definir una ley general de evolución; es curioso que no se haya destacado su postura como anunciante del estructuralismo levi Straussiano. Bastian, gracias a los viajes que realizó por todo el mundo como médico de marina, fue un pródigo proveedor del museo etnográfico de Berlín. Baldus también dedicó un intenso y continuado esfuerzo que alcanzó al fin de su vida, a hacer del Museo de San Pablo una institución de prestigio mundial, tanto como repositorio de colecciones, cuanto como centros de investigaciones; sin duda, durante los años en que Baldus dirigió la revista de ese museo, la misma fue una de las más importantes publicaciones de Antropología del mundo y sin duda la mejor de Sudamérica. Quien habría de volcar al joven Baldus hacia la Antropología, haciéndolo continuador de la tradición intelectual reseñada, fue su maestro Richard Thurnwald, cuyos trabajos anuncian las antropologías Económica y Política, y al que Jean Poirier ha llamado “*funcionalista ‘avant la lettre’*”. Baldus pertenecía a una familia prusiana de la pequeña nobleza rural: en consecuencia, como joven “*junker*” fue enviado al colegio militar. Pronto desistió de transformarse en un oficial del ejército, iniciando estudios de filosofía para luego reorientarse, como se ha dicho, hacia la Antropología. Decidido antinazi –por más que no se le pudiera catalogar como hombre de izquierda– el triunfo del hitlerismo lo obligó a expatriarse, permaneciendo en San Pablo hasta el final de su vida. El conocimiento del Brasil le hizo comprender que los pueblos indígenas que aún existían en las regiones selváticas, estaban condenados a desaparecer por la presión creciente sobre ellos de la “civilización”. Tomó entonces, casi como una cruzada personal, el salvataje de todos los elementos de sus culturas que pudieran ser estudiados, puesto que resultaba muy problemático preservar esas culturas en su estado prístino y también a los propios indios. Baldus insufló esas ideas en sus discípulos y a él se debe la constitución de una verdadera pléyade de etnógrafos brasileños de primer nivel, como Eduardo Galvão, Florestan Fernandes, Darcy y Berta G. Ribeiro entre muchos otros. Es interesante notar que esas ideas fueron defendidas por Claude Lévi-Strauss aún en la década de los años 60, entendiendo que la Antropología debía consagrarse a catalogar todos los elementos posibles de las culturas indígenas ya que veía su desaparición como inevitable; agregaba que ese material constituiría el objeto de estudio de los antropólogos en los próximos 300 años. A esto respecto vale la pena comparar la Antropología brasileña resultante de la acción de Baldus, con la Argentina de la misma época. Ésta recibió una influencia enorme de José Imbeloni, quien llegó de Italia casi en los mismos momentos en que Baldus se establecía en San Pablo, pero a diferencia de éste, se interesaba más por las cuestiones teóricas referidas a la difusión de la cultura, enmarcadas en los parámetros de la escuela de la *Kulturkreis*; así, se descuidó el estudio de grupos indígenas de la Argentina, algunos de los cuales inclusive habrían de extinguirse en esa época o poco después. A propósito de estas cuestiones, anotemos que Baldus no mostró ningún entusiasmo por los planteos de la *Kulturkreis*; en su afán por perfeccionar y extender los estudios en las propias tribus, resulta un equivalente brasileño de Franz Boas. Baldus valoró muchísimo a Darcy como etnógrafo, pero como alguna vez me dijo, consideraba un desperdicio para la Antropología que se hubiera dedicado a la política. Desgraciadamente, no tuvo vida suficiente como para apreciar cuánto hizo Darcy por los indios desde todos sus puestos, hasta el final de sus días.

de la cultura. Darcy volvería en años posteriores y ya muy alejado del trabajo en el terreno, a ocuparse de cuestiones relativas a los indios selváticos; así, durante su exilio montevidiano preparó *Fronteras indígenas de la civilización* que se publicó primero en español en 1971; y cuando estaba aquejado de la enfermedad que lo mataría, dio a conocer una nueva versión de ese trabajo pero con grandes modificaciones; *Os índios e a civilização. A integração das populações indígenas no Brasil moderno*, en 1996. También en ese año, el postrero de su vida, daría a conocer una dilatada obra, única en la Antropología mundial por su documentación, tratamiento y estilo: *Diarios indios. Os Urubus-Kaapor*, en la que recoge las anotaciones hechas durante sus estadias con esa tribu entre los años 1949 y 1951, que remata con los esquemas de estructura familiar de la ascendencia de su principal informante. Uruã-tã, que alcanza a 1.171 nombres con indicación de los lugares de nacimiento y muerte de cada uno, y con el agregado de las causas de fallecimiento, verdadero tour-de-force sin parangón posible; con razón solía afirmar Darcy que Uruã-tã era el intelectual más brillante que había conocido en toda su vida... Dentro de esa línea temática, había publicado en 1988, *Indianidades e venutropias*. Siempre pensó Darcy que su conocimiento de las culturas indígenas debía exceder el limitado círculo de los especialistas y alcanzar al gran público; por eso, volcó los frutos de su rica experiencia en cuatro novelas que fueron apreciadas con entusiasmo y traducidas a varias lenguas: *Maíra*, 1976; *O mulo*, 1981; *Utopia selvagem*, 1982; *Migo*, 1988.

En rigor, fue durante su demorada estadía montevidiana que Darcy inició su obra teórica orientada a la comprensión del proceso de la civilización en un marco histórico amplísimo, con complejos aportes de conocimientos históricos, económicos, sociológicos y por supuesto, antropológicos. En esos trabajos efectuó una crítica a las grandes teorías de manejo corriente sobre la historia y la cultura, planteando sus propias bases teóricas. Esta obra es la que lo ha hecho conocer universalmente y puesto en la mesa de discusiones sus ideas; es por eso seguramente, el único antropólogo latinoamericano conocido por doquier y también uno de los poquísimos en el mundo que en esta época se haya enfrascado en la consideración de los fenómenos de mayor amplitud, algo que parecería más propio de los filósofos de la historia. Fueron así apareciendo y en muchos casos primero en español: *Problemas acerca del subdesarrollo*, 1969; *Las Américas y la civilización* (3 tomos), 1969, que para muchos es su obra más lograda; *O processo civilizatório*, 1970; *El dilema de América Latina. Estructuras de poder y fuerzas insurgentes*, 1971; *Configuraciones histórico-culturales*, que antes se había publicado en traducción al inglés en la revista

Current Anthropology y que sintetiza lo desarrollado en “*El proceso civilizatorio*” ya consignado; *Teoría del Brasil*, 1977. Se ha dicho que la gran pasión de la vida de Darcy fue el Brasil, y esta afirmación se basa en los trabajos que dedicó al análisis de su historia y su cultura; en 1995, daría a conocer su último libro sobre este tema casi obsesivo: *O povo brasileiro. A formação e o sentido do Brasil*.

Como profesor, Darcy exhibió excelsas cualidades didácticas, que pasaban por encima de sus dificultades idiomáticas. Sus clases en la vieja Facultad de Humanidades congregaban una audiencia atenta y nutridísima, sirviendo a muchos que jamás pensaron en dedicarse profesionalmente a la Antropología, para familiarizarse con sus conceptos, teorías y metodología, como forma de enriquecer el ejercicio de otras profesiones o simplemente de alcanzar una más profunda y fina comprensión de los procesos sociales y culturales. Es obvio recalcar que despertó y estimuló vocaciones entre sus alumnos. La complejidad y riqueza de la personalidad de Darcy no se agota en su obra de antropólogo. Aquí, dirigió un seminario sobre reforma universitaria que dio lugar también a un libro: *La universidad latinoamericana*, 1969. Estuvo luego en Venezuela y en Chile, donde asesoró a Allende y en el Perú donde dirigió un vasto proyecto –Centro de Estudios de Participación Popular– de la OIT volcado al apoyo del proceso iniciado por el gobierno encabezado por el general Velasco Alvarado. Vuelto al Brasil, fue electo Vicegobernador de Río de Janeiro y a él se debe el mundialmente célebre Sambódromo, cuyas instalaciones han servido además para albergar varias escuelas. Al respecto, vale la pena recordar que el desarrollo de la educación fue una preocupación constante de Darcy. En 1991 fue electo Senador y hasta su muerte en febrero de 1997, continuó dando a conocer nuevos libros.

No cabe duda que Darcy ha sido la personalidad más completa y brillante que este país ha conocido en materia antropológica. Empero, sus cursos amplísimos de Antropología General, no redundaron en la organización de una Licenciatura, seguramente a causa de la falta de un número suficiente de docentes e investigadores con la formación necesaria para componer el necesario plantel.

En rigor, el primer antropólogo profesionalmente formado que actuó en el Uruguay fue el brasileño Paulo de Carvalho Neto (1923). Había sido alumno del reconocido psiquiatra y antropólogo Arthur Ramos, de hecho fundador de la moderna antropología científica en Brasil, especialmente en lo que tiene que ver con el estudio de los cultos de posesión; acaso por la orientación recibida, Paulo siempre se interesó por los aspectos psicológicos de la cultura como lo demuestran sus libros *Introdução ao conceito de cultura* y *Folklore y psicoanálisis*; este trabajo abarcó de manera pionera las cuestiones del folklore

escatológico. En general, sus trabajos se caracterizan por el cuidado en la descripción, lo que muchas veces le impidió avanzar hacia una interpretación del hecho observado. Paulo nunca se llamó a sí mismo antropólogo y sí “*folklorólogo*”. En Montevideo se desempeñó –de eso vivía– como profesor de portugués en el Instituto Cultural Uruguayo Brasileño. Antes había estado, también como profesor de ese idioma, en Asunción y su estancia paraguaya le permitió hacer algunos trabajos que hasta ahora son los únicos, sobre la pequeña colectividad negra de ese país. Después de varios años en Uruguay, fue enviado, ya como Agregado Cultural, a Quito y allí publicó muchos trabajos hechos aquí. En ese cargo y en esa ciudad los sorprendió el golpe de Estado del general Castelo Branco en 1964; Paulo renunció entonces a su cargo y se fue a Estados Unidos donde permaneció años como “lecturer” de portugués y español en una universidad. En su época ecuatoriana incursionó en la narrativa de contenido social reivindicativo, y su novela *Mi tío Atahualpa*, escrita directamente en español, ganó un premio en el concurso de Casa de las Américas de Cuba. Paulo llevó adelante una interesante labor pedagógica a través del Centro de Estudios Folklóricos fundado por él, que fue el instrumento para varios estudios sobre cultura popular. Infortunadamente, alejado del país su inspirador y conductor, ese centro desapareció y sus animadores dejaron de investigar, o por lo menos, de publicar. También es de lamentar que casi todos los trabajos más importantes de Paulo sobre cultura popular uruguaya, se hayan publicado en el extranjero y sean por eso de difícil obtención (*Folklore floridense: contribución (Culto a San Cono)*, Lima, 1957; *Folklore minuano: contribución (Culto a la Virgen del Verdún)*, Florianópolis, 1958; *Investigaciones sociológicas afro-uruguayas (1956-1957)*, Quito, 1963; *El negro uruguayo* –su mejor obra– Quito, 1954, *El carnaval de Montevideo*, Madrid, 1964; *La murga en el carnaval montevideano*, Quito, 1965). En la actualidad, jubilado, reside en Río de Janeiro. Continúa estudiando y escribiendo.

Ingresamos ahora en un asunto especialmente sorprendente y oscuro: la creación de la Licenciatura en Ciencias Antropológicas. Como es conocido, la misma tuvo lugar en 1976 durante el período de la dictadura, cuando la Universidad de la República estuvo intervenida. Este hecho ha siempre asombrado a los antropólogos y universitarios de toda América, pues es por demás conocido que durante el auge en este continente de los regímenes autoritarios con pujos fascistoides, fueron cerradas muchísimas carreras de Ciencias Sociales –entre las que entró, lógicamente la Antropología– porque en todas partes quienes detentaban la autoridad, entendieron que las mismas facilitaban

la formación de dirigentes de grupos volcados a la insurgencia. De todos modos, y aunque así no fuera, no tenían ningún interés en estudios que podían poner de manifiesto las contradicciones de los sistemas sociales y políticos y denunciar la profundización y extensión de la miseria. Por doquier las universidades se habían transformado en los últimos –o únicos– reductos de la conciencia crítica en los países situados al Sur del Río Bravo, y en gran medida esta situación no se ha modificado. En el Uruguay –entonces y también ahora– ha sido por demás claro que en muchas y variadas ocasiones, el único contendiente a las medidas del poder –dictatorial o legítimo, pero en este caso siempre que expusiera actitudes autoritarias– ha sido la Universidad. Todo esto cobra importancia primordial cuando se observa la orientación teórica y metodológica que se dio a la carrera de Antropología que se creaba: la Sociología podía ser considerada peligrosa por el abordaje de los problemas sociales, pero el estudio de los pueblos primitivos, remotos y/o exóticos, no podía aparejar ningún jaque severo al régimen instaurado. Creo que se puede afirmar que si quienes estuvieron en esa época al frente de los estudios oficiales de Antropología hubieran cultivado otras posturas teóricas –dentro del campo antropológico por supuesto, y dejado de lado su compromiso con posturas ideológicas más globales– no se hubiera conformado la Licenciatura.

Finalmente creada, tuvo como primer director a Olaf Blixen (1922) quien inspiró su primer Plan de Estudios y ejerció siempre una influencia decisiva sobre la carrera, aún cuando se apartó de la dirección de la misma –la que fue puesta a cargo del arqueólogo argentino Antonio G. Austral– ya que continuó como Profesor Titular (Grado 5), es decir, ocupando el más alto grado del escalafón docente, por otra parte, el único del cuerpo docente de esos años que ostentó esa calificación. Interesa señalar que Austral nunca residió en Montevideo y que mantuvo otros cargos docentes en la Argentina, por lo que su dedicación a la dirección resultó más bien esporádica, reposando para sus decisiones en los pareceres de Blixen que permaneció así, de hecho, como un director oculto del Departamento encargado de impartir los cursos. Todo hace presumir que la nueva carrera se creó para darle a Blixen –que salvo cursos y cursillo eventuales nunca fue antes profesor regular de Antropología– una legitimación académica vista como la culminación de acciones volcadas al cultivo de una disciplina naturalmente restringida por las limitaciones del medio. Interesa por lo tanto analizar la personalidad intelectual y científica de Blixen.

Abogado de profesión, se interesó tempranamente y de manera autodidáctica, por los temas de la Antropología y la Lingüística. Estudió luego

formalmente esas disciplinas en la Argentina, recibiendo una fuerte influencia de José Imbeloni y de Marcelo Bormida, discípulo de éste; por eso su orientación teórica tuvo las marcas de la escuela de los “círculos culturales” propia del difusionismo vienés; y a tal punto lo condicionó esa corriente del pensamiento antropológico que se mostró siempre reacio a aceptar las teorizaciones posteriores, las que llegó a entender como más propias de la sociología que de la antropología en sentido estricto, en particular el funcionalismo; tampoco ocultó nunca su desvalorización del estructuralismo.

De gran erudición y cultura en el sentido corriente del término, Blixen se especializó en las sociedades de la Polinesia, siendo internacionalmente reconocido como uno de los mayores especialistas en los lenguajes ceremoniales de esa región, a los que dedicó varios estudios: *Lenguaje honorífico y comportamiento reverente en Samoa y Tonga*, 1966; *El lenguaje honorífico de Uvea (Wallis) y sus conexiones en Polinesia occidental*, 1966; *Acerca del lenguaje honorífico de Fu tuna*, 1967; *Vocabulario tongano de la expedición de Malaspina*, 1968; *La dispersión del lenguaje honorífico en Oceania*, 1969. Su vocación por esa orientación temática, le permitió ganar una pasantía de investigación en el Museo de Hawai, a la que renunció para expresar su protesta por la invasión de los Estados Unidos a la República Dominicana en 1965. Entonces Blixen se autodefinía como “*hombre de derecha*”, por lo que justificaba su decisión sosteniendo que ese episodio no significaba el impedimento del triunfo de un régimen socialista en aquel país, sino simplemente una acción abusiva de una gran potencia sobre una nación pequeña. Rescato esta anécdota por ser muy expresiva de la personalidad de Blixen: a un tiempo conservadora pero de una terca y áspera independencia.

Sus investigaciones son demostrativas de su interés por varios renglones de la Antropología: la ergología (*La colección etnográfica Dikuana/Makiritare del Museo Nacional de Historia Natural*, 1965; *Armas de los Kayapó Menkronontire*, 1968); la etnología indígena en algunos de sus aspectos (*Notas sobre tatuajes y pinturas corporales de los Makiritare*, 1966; *Observaciones sobre pinturas corporales de los Menkronontire/Kayapó*, 1967); la mitología (*El poema LXVI de Cátulo. La trenza de Berenice*, 1958; *El relato mítico del hijo del sol: Polinesia occidental*, 1979); el Folklore (*Folklore nuclear y folklore accesorio*, 1979); la lingüística antropológica (*Acerca de la supuesta filiación arawak de las lenguas indígenas del Uruguay*, 1956, donde demostró de manera incontrovertible lo infundado de esa atribución para la lengua charrúa; *La obra de Paul Rivet en la lingüística americana*, 1958; *La glotocronología:*

examen crítico de su validez, 1964). Estos artículos, en su mayor parte fueron publicados en las “Comunicaciones Antropológicas del Museo Nacional de Historia Natural” y en la revista *Moana – Estudios de antropología oceánica*, fundada y dirigida por Blixen para dar difusión a sus investigaciones. Es evidente que los asuntos que han constituido el núcleo de sus estudios, llevan a considerar a Blixen como un antropólogo de tipo clásico, preocupado por las culturas primitivas y las supervivencias de elementos de las mismas en las culturas populares. Ello resulta muy expresivo de la orientación general que tuvo el primer Plan de Estudios de la Licenciatura de Ciencias Antropológicas de la Facultad de Humanidades y Ciencias, que de manera prevalente estuvo inspirado en la concepción de la Antropología cultivada por Blixen.

Ese primer plan de Estudios, de 1976, establecía una duración de 4 años para la carrera y constó de 27 materias. Comparándolo con los de similares carreras de otras universidades, adoleció de una orientación anticuada. No hubo lugar en ese Plan para exposiciones y análisis amplios de las teorías antropológicas modernas y tampoco lo hubo en la práctica del aula, pues de hecho se desalentó a docentes y estudiantes que lo pretendieran. Tampoco se percibe en ese Plan el propósito de formar investigadores profesionales adiestrados en el trabajo de campo. Faltaron asignaturas dirigidas a la instrucción metodológica y técnica: solamente hubo un curso, denominado “Metodología y práctica etnográfica” –que debía aprobarse mediante la elaboración de una única monografía en toda la carrera, lo que dio lugar a que los estudiantes de entonces se refirieran a ese trabajo como “*la tesis*”– lo que obligaba al alumno a efectuar individualmente una investigación original sin una suficiente preparación técnica previa y por lo general sin orientación docente. En cambio, se incluyó en ese Plan dos cursos de Historia del Uruguay, cuyo sentido no se explica claramente, así como tres cursos de Pedagogía, lo que lleva a pensar que sus autores concebían la docencia –y acaso no directamente en Antropología– como la única perspectiva profesional para los egresados.

Quienes actuaron como profesores de la Licenciatura fueron invariablemente designados directamente por el Decano de la Facultad sin que jamás se realizara ningún tipo de concurso, lo que violentó uno de los más firmes y tradicionales principios de toda la educación formal uruguaya. A fin de ampliar un cuadro docente que siempre fue muy reducido –hubo así alumnos que tuvieron a Blixen como profesor en ocho asignaturas, prácticamente la tercera parte de la carrera– se procedió a llamar del extranjero y principalmente de la Argentina, a etnógrafos y arqueólogos, cuidando por supuesto que estuvieran

limpios de cualquier matiz izquierdizante. (Por cierto que de esa forma se actuó en todas las ramas de la enseñanza durante la dictadura, pues lo que contaba, antes que el saber, era la adhesión al régimen o por lo menos, la falta de oposición abierta al mismo). De todas maneras, la carencia de enseñantes hizo que algunos alumnos apreciados como particularmente adelantados, llegaran a dar clases y tomar exámenes a sus propios compañeros, en una curiosa –aunque aberrante– suerte de método lancasteriano. Durante todo ese período, tampoco se estimuló a los docentes dedicados a la Antropología Social y Cultural a que llevaran adelante investigaciones originales de enjundia; y así fue que varios de ellos no realizaron ninguna pesquisa, ni de campo ni de poltrona y biblioteca. El ejercicio de la docencia se distinguió por las clases magistrales en las que no se fomentaba la intervención de los alumnos, con las lógicas inflexiones resultantes de las personalidades de los profesores. La enseñanza en general apuntaba al memorismo, haciéndose hincapié en la repetición en los exámenes orales, de las opiniones del profesor, a veces en cuestiones de mero detalle, como si lo importante fuera recordar cosas y no afirmar conceptos y desarrollar el criterio; actitud típica como se sabe, de los docentes novatos.

Todo eso –y es fácil imaginarlo– afectó la buena formación de los estudiantes de entonces. Los más preocupados y activos, para compensar tantas falencias, procuraron de manera autodidáctica superar las debilidades de su preparación. Al respecto, es preciso recordar las dificultades que en los años de la dictadura existieron para adquirir en el Uruguay obras actualizadas de Antropología y también revistas especializadas del extranjero.

Al caer la dictadura y con ella la intervención de la Universidad en 1985, se despobló el plantel de profesores de la carrera de Antropología permaneciendo en su cargo sólo un docente de grado 2 (Asistente); los demás, lisa y llanamente dejaron de concurrir. Las autoridades legítimas nuevamente al frente de la Facultad, procedieron a efectuar llamados de méritos componiéndose así un nuevo cuerpo docente. Éste se nutrió con algunos que ya habían egresado de la carrera y con otros retornados del extranjero; como ya se ha dicho, se encomendó la dirección del Departamento a Daniel D. Vidait, designado Profesor Titular (grado 5). Se comenzó prácticamente en seguida a elaborar un nuevo Plan de Estudios que insumió arduas discusiones entre los tres órdenes del cogobierno universitario (docentes, egresados y estudiantes) que fue aprobado por el Claustro de la Facultad en 1987. Este Plan presentó una orientación radicalmente distinta al de 1976, en procura de *“ofrecer una capacitación académica rigurosa orientada principalmente a la formación de investigadores,*

que permita al egresado abordar el análisis de la realidad nacional y de su inserción en el escenario mayor de Latinoamérica y el mundo del presente”, para lo cual se preveía la consideración de “temáticas culturales, económicas y sociales imprescindibles, habiéndose introducido además actividades participativas orientadas al estudio de la realidad actual –como los Talleres– a fin de integrar la especulación con la pesquisa empírica”, tal cual se expresaba en los Objetivos de ese Plan. Como en 1990 la vieja Facultad de Humanidades y Ciencias se dividió dando lugar por un lado a la Facultad de Ciencias (Naturales) y por otro a la de Humanidades y Ciencias de la Educación, ese Plan experimentó adecuaciones para adaptarse al nuevo marco institucional. De este modo, incluyó un Ciclo Básico de tres materias de orientación general común a todas la Licenciaturas; limitó el número total de asignaturas a 24, todas de desarrollo semestral; e incluyó diferenciaciones a partir del 6° semestre ya que todas las Licenciaturas ofrecen dos Opciones: en Investigación y en Docencia. La duración total se mantuvo siempre en cuatro años.

La Licenciatura en Ciencias Antropológicas en la Facultad actual, se ha visto desbordada por una crecida inscripción –próxima a los 200 estudiantes por año– ya que puede ingresar quienquiera que haya terminado el Bachillerato en cualquiera de sus opciones (Científica, Biológica o Humanística); en esta Facultad como en todas las de la Universidad de la República, por otra parte, no se exige ninguna prueba para el ingreso. Como es de imaginar, se registra asimismo un altísimo porcentaje de deserción. Continúa por eso siendo en extremo reducido el número de los que egresan cada año, pero es notorio que la sociedad nacional actual no podría absorber una cantidad crecida de antropólogos. Frente a ese ingreso masivo, el cuerpo docente ha sido siempre escaso. Importa sin embargo destacar que todos los cargos se han ido llenando en efectividad a partir de concursos de oposición.

Los resultados obtenidos con la nueva estructura universitaria, no son, con todo, coherentes con los propósitos del Plan antes esbozados. El hecho de que cada curso abarque un semestre académico –lo que supone un total de 94 horas de clase– ha debilitado el desarrollo de algunas asignaturas, como por ejemplo las Teorías Antropológicas y los Talleres de Investigación, que requerirían para su optimización de mayor tiempo, aún en el caso de que su carga horaria total fuera la misma. La práctica de que las clases tengan una duración de dos y tres horas –aparte de resultar claramente antipedagógica– perjudica indudablemente los desarrollos de los cursos, ya que como la realidad muestra, las cuestiones consideradas en esos tiempos en el aula no se equivalen a las que podrían

tratarse en dos o tres clases normales de entre 40 y 60 minutos de duración –límite ampliamente conocido de la atención promedial– por lo que vienen a significar su simple estiramiento. Como la mayoría del cuerpo docente ha carecido de formación didáctica y de experiencia anterior, se han repetido muchos de los defectos que se señalaron antes a propósito del primer Plan de la Licenciatura. También es notoria la falta de obras antropológicas significativas debidas a estos docentes; empero, como pueden ser considerados jóvenes, es de esperar que en el futuro enriquezcan con sus trabajos el corpus de la Antropología uruguaya; sin embargo y a este respecto, alarma el hecho de que la mayoría de ellos ya haya superado una década de docencia en la Facultad y esa situación se mantenga, aunque se pueda contar en los últimos años con apoyos económicos de la Universidad para desarrollar proyectos de investigación. A todo esto hay que agregar la ausencia generalizada de un nivel de conocimientos y de hábitos de estudio adecuados de parte de los alumnos que ingresan a la Licenciatura. Sin duda esta chocante circunstancia responde a las graves falencias, por demás conocidas, de la educación secundaria, especialmente de la impartida por el Estado; pero el resultado –de muy dificultosa compensación– es que un elevado número de alumnos carece de las bases intelectuales necesarias para asimilar conceptos, teorías y metodologías cuya comprensión no es siempre sencilla, ni para enfrentarse a obras copiosas por falta de hábito de lectura, ni para estudiar con buena comprensión materiales escritos en otras lenguas que la materna. En consecuencia, esos estudiantes tampoco poseen las condiciones necesarias para justipreciar lo que es un buen docente, ni cuáles son los caminos realmente formativos para obtener un adecuado rango de profesionalización.

La revista hecha pone de manifiesto que la mayoría de los mejores trabajos de Antropología Cultural y Social que se han hecho en el Uruguay, se han llevado a cabo fuera del marco institucional de la Universidad, aunque muchos de sus autores fueran universitarios destacados. Creo que no resulta infundado afirmar que esa situación aún se habrá de prolongar.

Referencias

PI HUGARTE, R. *Los indios de Uruguay*. Madrid: Mapfre, 1993.

PI HUGARTE, R.; VIDART, D. *El legado de los inmigrantes*. Montevideo: Nuestra Tierra, 1969. (Colección Nuestra Tierra N° 29).